

UN COMPLEJO HISTORICO: BARROS ARANA, ENCINA Y NASCIMENTO

EXPLICACION Y NOTAS SOBRE "FRANCISCO ANTONIO ENCINA, HISTORIADOR", DE GUILLERMO FELIU CRUZ

por HÉCTOR FUENZALIDA

Corporeidad de la obra

La *Historia* se escribió al margen de lo que podría llamarse el ambiente oficial de los estudios historiográficos —dice Encina— y así nacieron los veinte volúmenes que la componen y que abarcan desde la prehistoria hasta 1891 inclusive. Señalemos qué parte de la vida de Encina ha ocupado la *Historia*. Inició la investigación a los 22 años (1896). Comenzó a escribirla a los 61 (1935). Demoró dieciséis años en redactarla (1935-1951). La concluyó a los 77 años en 1951. La primera edición del primer tomo se publicó en 1940 y el último en 1952. Los veinte tomos suman 11.000 páginas. En total se imprimieron 174.000 volúmenes y luego 40.000 para reemplazar los tomos agotados. Fue el editor de la obra Carlos George Nascimento.

Esta elocuente síntesis que hemos hallado en la obra de Felú Cruz, ahorra muchas explicaciones. Pero ¿cómo era el editor que se atrevió con este monumento gráfico e histórico?

Don Carlos George Nascimento

Nascimento es el tercer editor que, en Chile, realiza una obra de tan considerable extensión. No era chileno. Rafael Jover, el editor de Barros Arana, tampoco era chileno: era español, granadino. Don Carlos Nascimento, portugués, nació en la isla de Corvo, en las Azores, en 1885. No fue el primero de su familia en connacionalizarse en nuestro país. Un tío suyo, don Juan Nascimento, le antecedió y se instaló con una librería, que a la fecha de su muerte, en febrero de 1917, estaba ya muy prestigiada y tenía una vasta clientela, en su local de la calle Ahumada 265, exactamente en el sitio en que hoy se encuentra el Banco de Chile. Don Carlos era el menor de los once hijos de don Carlos Lorenzo George y doña María Nascimento. Este viejo alcanzó la notable edad de 93 años y siguió, como muchos de sus antepasados, la carrera del mar. Fue ballenero. Corvo es una isla volcánica de no más de 20 kilómetros, perdida en el Atlántico. El padre, marino, también, había estado en nuestro país y le había gustado. A don Carlos George, el hijo, le tonta de pronto la idea de venirse. No tiene aún pasta de librero, pero le seduce comenzar a probar suerte. Pide consejo y guía a su padre quien le contesta sin vacilar.

—Ese es un país magnífico. Es muy fértil, tiene un clima admirable, las gentes son buenas, sobrias, sencillas. El chile-

no es muy honrado. Da su palabra y no falla. José Fraga, nuestro paisano, tiene un almacén en una de las principales ciudades de Chile, en Concepción. Durante el invierno, fía la mercadería a los campesinos y no se conoce ninguno que deje de pagarle cuando cosechan. Vienen solos a pagarle. Hijo mío, marcha tranquilo a esa tierra bendita.

Y don Carlos vino. Vino a Concepción. Pero no comenzó como librero. Comenzó en una bodega de frutos del país, luego en una casa de préstamos de un compatriota, don Manuel Coelho y, a su servicio, estudió contabilidad. Desde 1905, fecha de su llegada, hasta 1917, vivió en Concepción y allí casó con doña Rosa Elena Márquez, en 1915. Su tío Juan es un solterón que vive solo, arrinconado entre libros, con un dormitorio al fondo de su librería en la calle Ahumada, en Santiago. Como vive, muere (1917) y entonces don Carlos tiene que venirse a Santiago para hacerse cargo de los problemas de la herencia.

Resuelto a entrar en la gran aventura de su vida, conviene con los herederos, sus parientes de las Azores, darles toda su parte en dinero y hacerse dueño único de la librería. Don Carlos ha intuido, un gran cambio en su vida: hacer de la vieja librería, una casa editorial y, ese mismo año de 1917, edita el primer libro, la *Geografía Elemental* de don Luis Caviedes, que tuvo un buen éxito de venta.

Hasta ese momento camina solo en la nueva vida de editor. Es entonces cuando se asocia con un estudiante de ingeniería que hace crónicas humorísticas para un gran diario muy leído entonces, *La Nación*. Se llama Raúl Simón. Simón tiene un futuro esplendoroso como creador de empresas y financista. Asociado con Raúl Simón, don Carlos lanza, en 1918, la edición de *El hermano asno* de Eduardo Barrios; casi en seguida, *La señorita Ana* de Rafael Maluenda y las *Cien nuevas crónicas* de su asociado que, como humorista, firma César Cascabel; a renglón seguido publica una *Antología* que le ordena Armando Donoso, uno de sus mejores consejeros.

Don Carlos tiene gusto por la literatura, pero también tiene el sentido de la empresa. Todos estos libros logran éxito de gran publicidad y venta. Don Carlos merece nuestra gratitud y nuestro homenaje. Es un pionero. En Chile no ha habido, hasta ahora, alguien con más decisión y fe en su tarea. Nunca temió al fracaso. Don Carlos dio, en definitiva, el gran impulso al libro nacional: enseñó a gustar a sus compatriotas del sabor de sus escritores, que él mismo, como extranjero, aprendió a gustar, a admirar y propagar. Edita a

la Mistral, a Neruda. Dice: "Las puertas de mi Editorial han estado siempre abiertas para los escritores. Prefiero los escritores de imaginación, los novelistas, los cuentistas, los poetas, los de teatro. Senti a Neruda. Senti a Huidobro. Senti a la Mistral... Tuve debilidad por la poesía, lo que para un editor, desgraciadamente, constituye una forma elegante de suicidio".

Editor de Encina

Resuelto ya a la empresa, da el primer paso en 1923, adquiriendo una vieja prensa Marinoni, muy deteriorada, amarrada con alambres, por \$ 16.000. Luego, da otro: compra una linotipia. Todo esto lo mete en la casa donde habita, a la cual concluye por agregarle un galpón.

Cuando hace los primeros contactos editoriales con Encina para editar su *Historia*, ya ha publicado su *Portales*. La casa está en plena producción. Ha dado a luz muchos libros chilenos, la mayoría de temas literarios. Va a convertirse en el gran editor de historiadores, también (Amunátegui Solar, José Toribio Medina), reedita a Barros Arana. La asociación con Encina fue un gran riesgo, pero, finalmente, resultó ventajosa para el editor. ¡Qué esfuerzo imprimir esos 20 volúmenes y mantener el ritmo editorial y librero de la casa, al mismo tiempo, con escasisimo capital! Don Carlos tiene crédito bancario fácil; pero detesta la aventura financiera.

—Don Francisco —ha recordado Nascimento— era un hombre generoso y no me quiso comprometer con la publicación de una obra tan voluminosa. Me propuso hacerlo entre los dos. Aportó 50.000 pesos (1940), para el primer tomo. Este fue el único dinero invertido por él. Su preocupación primordial era que la *Historia* se vendiera al precio más bajo posible para que circulara al máximo. Fijamos un precio de 50 pesos sin siquiera sacar el costo. Los volúmenes posteriores los edité solo. Dos veces me prestó 150.000 pesos (que le devolví dentro de 90 días) para la adquisición de lotes de papel que se utiliza para la obra. Después fue necesario reajustar los precios a 100 por volumen. Entonces fue cuando me dijo don Francisco: "Véndalo en 90. Para que no se perjudique, cedo mi 10%". La primera edición del primer tomo fue de 3.000 ejemplares. Ahora van en 14.000. A partir del décimo las ediciones fueron de 10.000. Don Francisco me ayudó con su amistad, con su cariño y con su obra. No con su dinero.

Formidable viejo este don Carlos George Nascimento. Tenía unos ojos negrísimos, una fuerte quijada, el rostro de un empecinado y de un místico. Siempre fluía entre sus dientes, al pronunciar con cierta gracia nuestros vocablos más vernáculos, un seseo y cierta dureza explosiva que venían de la lengua madre.

Diez años antes, en 1930, al cumplirse el centenario de Barros Arana, la Universidad le encargó otra empresa grande: la reedición de la obra de don Diego Barros Arana, la otra cara de nuestra historia. Cuando ya tenía editado los prime-

ros 12 volúmenes (1941), de acuerdo con su nueva distribución, procurando mantener una reserva para la colección completa, sobrevino algo inesperado. Los subterráneos donde se guardaba la edición, se inundaron, dañando gran parte de los libros. Poco después una bodega que arrendó en la Avenida Bustamante, mientras se trasladaba a la calle San Antonio, fue pasto de las llamas y allí, junto con la *Historia General* de don Diego, se quemaron 500.000 libros. Pero don Carlos, que ya cumplía 71 años (1946), no se amilanó con la pérdida. Había recibido otro golpe peor, la muerte de doña Rosa Elena. Ese casi le derribó.

Su librería fue una peña diaria de escritores, periodistas, políticos que, en parte, vino a sustituir la de la vieja Librería Miranda. ¡Cuánta gente se vio por allí como habitués o visitantes por años y años! Habría para hacer un libro. Algunos nombres se me borran. Pero tengo patente el rostro de un argentino, algo melancólico, a quien llamábamos el Che Moreno, que siempre llegaba a mediodía buscando charla y orientación en un negocio librero. Vivía pobremente, con dignidad, haciendo un pequeño y honorable comercio de cambalache de ediciones raras. Era, creo, un desterrado político de Perón y había ocupado una alta situación en el Estado de Neuquén. Hablaba como argentino, sentenciosamente, pero bajito como Espinosa. Debió haber sido un *criollazo* cuando tuvo mando. Era amigo de hacer letrillas a los contertulios. Recuerdo una especialmente, porque viene al caso, que le dedicó al anfitrión y editor, cuando Nascimento dio a luz una bella edición de un bello libro de Jerónimo Lagos Lisboa, *Tiempo ausente*:

*Musa portuguesa loa
al editor y al poeta,
porque Lagos es Lisboa
y Don Carlos lisboeta.*

Por la rima fácil y graciosa hay que perdonarle al autor que olvidara las Azores nativas del gran editor.

Las claves del pensamiento de Encina

Más de una vez en nuestras conversaciones, Feliú Cruz me expresó:

—Creo que la *Historia* de Encina es, fundamentalmente, una gran epopeya. De eso no hay duda. Se ve en ella el lento caminar de un pueblo subiendo la cuesta. Para Encina, gran iconoclasta por devoción y por naturaleza, no fueron grandes ni O'Higgins, ni San Martín, ni Freire, ni Carrera. Sólo reconoce plenamente la inmensa superioridad de Portales y la grandeza constructiva de Montt y Varas. Y nada más. Hay personajes tratados con verdadera crueldad, otros con indiferencia. Pero lo que se destaca es su convicción de que en el lento y difícil caminar de nuestra historia, lo que más vale es el pueblo. Una de sus páginas más hermosas es aquel boceto bellísimo de la Sargento Candelaria, en el que Ercilla llega a un verdadero lirismo.

Iguales o semejantes palabras las ha repetido ahora en su

biblioteca, mientras vamos ojeando las páginas de su obra *Francisco A. Encina, historiador*, publicada por la Editorial Nascimento.

—No puedo concordar con muchos de sus postulados. Condeno su pasión anti-Barros Arana, totalmente injustificada e injustificable. Pero no le puedo negar su gran talento. No puedo negar sus condiciones de escritor, al formidable ensayista que hay en él. Pero toda su obra, bajo cierto profundo sesgo, aparece —con todo lo extensa y grande que es— como una réplica ciertamente enconada contra el concepto liberal de la historia tal como la concebía Barros Arana. Y contra él mismo y sus seguidores. Pertenezco a una generación que leyó a Barros Arana y que conoció la gestación de su monumental obra. Para Encina, Barros Arana era un mito, un mal escritor, un tedioso cronista historiador, fundado en viejas doctrinas, totalmente obsoletas, del siglo XIX y, además, con un mal e incompleto conocimiento de la documentación. Para nosotros y para mí especialmente —termina Feliú señalándome un párrafo de su libro— es algo enteramente opuesto, como lo sostengo aquí. Escuche: “. . . si se hace honor a la verdad científica, Encina no habría podido materialmente escribir su historia sin el auxilio, sin la base, sin las indicaciones, sin el plan, sin las investigaciones de Barros Arana” . . . Pero el ataque constante contra Barros Arana es obsesivo en Encina. Parece una manía. Es fruto de su naturaleza rebelde contra todo, del orgullo que se funda en su talento superior, todo lo cual tiene su raíz profunda en sucesos de su infancia.

Mientras voy avanzando en la lectura de este ensayo sobre Encina de Guillermo Feliú Cruz, otro maestro de nuestra historiografía, creo ver, cada vez con mayor claridad, lo que le he oído al autor, algo que hace nacer el perfil de la personalidad del historiador en sucesos de la infancia que son muy elocuentes. La voz de Feliú, no obstante, no sonará nunca airada contra el gran viejo con algo de maniático en su psiquis, con el cual, lo sabemos, discrepa fundamentalmente. Al contrario. Siempre hay respeto, admiración por el talento, la capacidad de trabajo y hasta cierto grado de sincera veneración por el cofrade y colega que le gana en muchos años. No puede negar sus grandes cualidades que le hacen un espécimen humano superior.

Sin proponérselo y sólo exhibiendo hechos, datos, recuerdos que va anotando, la obra de Feliú Cruz da en el blanco cuando aclara, con hechos ciertos, gran parte de la personalidad de Encina, sus odios, reluctancias y sus admiraciones. Personalidad llena de contradicciones, altos y bajos inexplicables en un hombre de su talla —o, acaso, por eso, perfectamente explicables— personalidad que da para un gran análisis en profundidad, no sólo de un erudito y un historiador, sino de un verdadero Doctor Antonomarchi.

No hay ente psicológico más rico y sugerente para esta clase de análisis.

Algunos hechos de su infancia en el Liceo de Talca nos dan una pista segura. Veamos. Cuenta Feliú: “Encina ingresó

al Liceo de Talca del cual era Rector su tío materno Adolfo Armanet, a comienzos de 1886. En ese año, hizo el primero de Humanidades; el segundo, en 1887; el tercero, en 1888; el cuarto en 1889; el quinto, en 1890, y el sexto en 1891. A los diecisiete años había terminado el ciclo de los estudios humanísticos en forma brillante”.

“Encina fue siempre rebelde al pensamiento reflejo —comenta en otra parte Feliú—. . . Las lecturas le despertaban nuevas curiosidades que se resolvían en nuevos torbellinos de pensamientos; pero el contenido del libro jamás penetraba crudo en su cerebro, menos aún lo sugestionaba”. . . “Este desorden inicial en la formación de la cultura, sumándose a la rebeldía innata contra lo que a los once años ya llamaba “saber de ropa hecha”, contribuyó tal vez, a desarrollar la fuerza de penetración intelectual y a robustecer la vitalidad del pensamiento propio”.

Encina es un niño de once años cuando lee los *Pensamientos* de Pascal, y confiesa: “No los leí, los devoré. . . El problema atormentador del infinito se me planteó con la misma nitidez de hoy, y el deseo de escrutarle fue el punto de partida de una orientación que debía absorber una buena parte de mi vida intelectual. . .”

Es un niño cuando estudia, todo por su propia cuenta, sin guía alguno, sino vagamente, y sólo con la de su tío Adolfo Armanet. Así lee a San Agustín, Plotino, Platón, Bacon, Spencer, Hobbes, Locke, Schopenhauer, Kant, Leibnitz, Gassendi. No ama el pensamiento puro. “Del problema de la existencia y del de la estimación de valores, que, al principio había absorbido mi atención, pasó al primer puesto, el del conocimiento: Lo ahondé febrilmente; y, sin buscarlo, sin darme cuenta siquiera, llegué grado por grado a la sepultura de toda filosofía trascendental, al concepto biológico del conocimiento, mucho antes de tomar contacto con la filosofía de Comte”.

Apenas adolescente, Encina con su potestad crítica poco común, siente que no hay asidero seguro para la inquietud que domina su cerebro. Además es un polemista de increíble audacia y agudeza. Nunca sintió tampoco la seducción de la poesía, la ficción, la música. Gusta de escasísimos autores. Y uno en especial, Luis Durand, cuya novela *Frontera*, lo confiesa, le sirve para componer un capítulo de la colonización. Lo que ama sin tasa ni medida y que le llena de inquietud es algo mucho más cercano a él: los fenómenos físicos, biológicos, psicológicos. Le interesa la evolución mental del hombre “desde la animalidad primitiva hasta el nivel que hoy avanzamos, sus trascendentales consecuencias sobre el problema del conocimiento y sobre todas las cosas del pensamiento humano”, como define Feliú Cruz.

No hay nada seguro en el pensamiento: “Nuestra mente está sujeta a perpetua transformación, lo mismo que el último átomo del Universo”, dice Encina. Y glosando esas ideas Feliú Cruz agrega el siguiente comentario: “La misma fijeza de los conceptos matemáticos no es absoluta y su mayor estabilidad relativa es consecuencia de la mayor distancia de la

realidad viva. Lejos de ser el peldaño del conocimiento, como pretende Comte, representan el extremo de la curva descrita por la razón al divorciarse de lo vivo”.

Siempre que leemos en Encina este tipo de conceptos demolidores, corre nuestro pensamiento a la imagen de Max Nordau, aquel judío austriaco que tanta influencia tuvo en su generación, en su guerra contra toda la ciencia. Pero inevitablemente, por un juego de la inteligencia, cuando leemos sus reflexiones sobre Kant y le oímos hablar de la “claudicación kantiana” que le hace el efecto “de falta de sinceridad mental” (sic), creemos ver en él el mismo escepticismo sonriente y destructor del gran don Pío Baroja, con el cual, a pesar de las distancias, tiene semejanzas. Las diferencias son mayores y esto inevitablemente conforma y hace más claro el paralelismo. Desde luego, uno es un escritor genial, en medio de un mundo en el que se desdibujan los perfiles de una loa a la tradición histórica; el otro “pinta” de historiador, de sociólogo y de pensador en un mundo nuevo en ascenso lentamente, casi sin ayer. Uno se deriva al anarquismo y a la ficción. El otro desciende de una familia de empresarios agrícolas e industriales, se torna agricultor y economista de las propias finanzas y de las del país, como Portales; es casi un hombre público que, tardíamente, deviene en historiador. Baroja no cree mucho en la historia, y hace de ella una novela cubriendo un extenso período convulsionado, casi todo el siglo XIX español, en 20 volúmenes, en los que no se ocupa de grandezas sino más bien de mucho de lo cotidiano y cierto, más revelador que la historia oficial, plagada de ditirambos y espadones. Copia y —aún más— crea un personaje legendario, un aprendiz de conspirador, un vasco oscuro y misterioso que se llama Aviraneta. El escepticismo del chileno lo lleva a rechazar todo homenaje académico, venga de donde venga. Pero este escepticismo tiene mucho orgullo, mucha torre de marfil; en cambio el vasco cae, por fin, en el lazo que le ha tendido la Academia Española para contarle entre sus inmortales. Pero tienen de común, en forma sorprendente, sin haberse conocido, sin nada que les junte el pensamiento y la lengua, el escepticismo ante la grandeza y el impulso orgulloso de negarlo todo. Baroja exhibe este desligarse de la raíz y los mitos de su contemporaneidad, desde que ingresa como estudiante de Medicina en la Facultad de Madrid donde todo choca a su sensibilidad y a su inteligencia. Como él, Encina las emprende contra sus maestros. Pero, más precoz que el español, hasta donde sabemos, sabe hacer mofa de ellos y les lanza su desafío, en el mismo liceo.

En ese Liceo ama sólo al Rector ¿porque es su tío carnal? Cuando éste se retira y llega uno nuevo y que, ¡ay!, como su tío, es también un francés por la sangre que fluye en sus venas, brota contra él un río de antipatía. Le parece un advenedizo. Lo halla hablador como una cotorra y nervioso como un francés. Dice de él: “Le tenía pica. En mi juicio vehemente y superficial de muchacho de dieciséis años, sólo veía en él a un pedante que hacía incursiones a las clases y en su carácter de Rector interrogaba a los alumnos con el exclusivo

fin de humillar a los profesores y lucir su saber. Además había tenido el poco tacto de expresarse ligeramente de su antecesor, al cual habían adorado alumnos y profesores, echándose encima el ambiente adverso del establecimiento”. El antecesor, es decir, su tío Armanet, lo que, sin duda, acentúa en Encina el odio que ya le profesa. Se llama M. Ludovico Eugenio Chouteau.

Este francés, profesor de Historia y “muy sabido”, no mira tampoco al alumno con mucha simpatía.

Encina, por esta época, ya ha leído los tomos publicados por Barros Arana, ha incursionado en Lavissee, Michelet y César Cantú.

La oportunidad para maltratar al nuevo Rector llega por fin. Es en el examen de Historia Moderna. Chouteau toma al niño por su cuenta en la prueba. Es un manjar exquisito. El señor Chouteau no abandona en su interrogatorio la epopeya napoleónica porque la conoce a fondo y quiere lucirse. Pero aquel francés gárrulo ignora que el alumno la conoce mejor y que tiene una memoria que espanta.

“Quiso su mala suerte —cuenta Encina— que mi niñez hubiera transcurrido en casa de mi abuelo materno, hijo de un joven oficial de la guardia imperial, al cual mataron, en Waterloo, cinco caballos si la fantasía del abuelo no multiplicaba el número. Napoleón en Córcega a la hora del almuerzo; la Moscowa a la hora de once, sazónada con algunos molinetes de sables que el bisabuelo había esgrimido en ella; las cargas de Ney en Waterloo a la comida; el memorial de Santa Elena a la hora en que mi abuela rezaba antes de acostarse; y variantes multiplicadas hasta el infinito sobre la misma epopeya, habían sido casi mi único alimento intelectual desde los cinco a los once años; y la repetición había grabado con buril en mi cerebro todos los detalles. Añádase la lectura del Consulado y del Imperio y de la Revolución Francesa de Adolfo Thiers”.

El duelo fue terrible con un final pintoresco, según cuenta el propio Encina. Durante hora y media Chouteau se ensaña con el alumno; pero éste contesta todo con seguridad. No le puede pillar. Hay un corto finteo sobre el nombre de soltera de la duquesa de Abrantes que gana el alumno. Entonces Chouteau detiene el interrogatorio. Y busca algo fulminante.

Chouteau:

—Sin el advenimiento de Napoleón ¿cuál habría sido la marcha de la revolución?

La pregunta no es para un niño y un examinador quiere corregir la intención del furioso Rector. Pero no hay para qué porque el niño Encina ya ha contestado:

—Habría terminado en meses o un año más tarde.

—¿Por qué?

—Porque se le había acabado el vapor.

—Eso no es razón.

—La historia se siente, se ve, se palpa; no se razona.

—Eso es una estupidez.

—Perdóneme, señor: la estupidez está en substituir la realidad histórica con las hojarascas del razonamiento.

—¿Qué papel desempeña entonces la razón en la historia?

—Sirve para vestirla y presentar su apariencia o caricatura de ella a los que nacieron sin ojos para verla.

Y aquí termina la prueba. Hay unas tres *coloradas*, tres votos de distinción. Dice Encina de Chouteau: "Le había faltado el respeto y en un noble arrebató propio de su raza, *me había castigado con un acto de justicia*" (La cursiva es mía).

El historiador

Yo recuerdo que mi generación vivió bajo el peso del atraso de la historia como ciencia. Se teorizó sobre esto, se polemizó largo tiempo. Hasta que apareció Spengler. Antes de la nuestra hubo otra, la que fundó las convicciones de sus historiadores sobre los conceptos de Nebuhr y Ranke que formaron el paso de Barros Arana, el historiador liberal, dominando por largas décadas. Este dominio y este prestigio sostenido, fue la causa principal de la invencible antipatía humana que Encina le profesa al maestro al cual le debe más que mucho. Pero no se ha dicho aún lo bastante sobre algo ya axiomático: que todo el estudio histórico de Encina toma su plantilla cronológica y sistemática, su conformación, corporeidad, en la obra monumental de Barros Arana; recurre a su información a cada rato, y así llega a construir otro edificio monumental también en el que, sin embargo, se nos vienen abajo muchas de nuestras buenas ilusiones. Difieren, como se diferencian las diversas épocas en que se gestan una y otra obra, en la manera de entender la historia, sentir los hombres y los acontecimientos.

Encina ideaba una creación histórica fundada en cuatro elementos: el pasado, que es la historia, el autor, el ambiente y el lector. "El pasado —comenta Feliú Cruz a la zaga del pensamiento de Encina— llega al historiador al través de las fuentes de la historia. La investigación es, pues, una fase preliminar de la historia. Sus exigencias en este terreno van más lejos que lo de la antigua escuela europea de Niebuhr y de la chilena de Barros Arana, pues repudia la reconstrucción del pasado mediante el raciocinio crítico, o sea, las analogías, presunciones, inducciones con que nuestros historiadores acostumbran a suplir los vacíos y llenar las lagunas que deja la investigación".

Tomando el pensamiento de Encina, glosa Feliú Cruz: "El pasado fue obra de cerebros muy distintos a los nuestros, y es imposible reconstruir su manera de sentir y de pensar, sus aspiraciones y móviles, supliendo los vacíos de los documentos con el raciocinio lógico de nuestros actuales cerebros. Estamos, pues, condenados a reconstruir el alma del pasado sólo con las manifestaciones de ella".

Es decir con los documentos y demás fuentes. Encina estruja este material "para simbolizar en los hombres y en los sucesos que mejor la encarnan, la representación del trozo de historia que ella enfoca".

Es éste el principal problema para hacer una historia a la luz de nuevas bases, porque "en la creación histórica, el cerebro humano necesita reconstruir en todas sus manifestaciones una vida que no se ha vivido, dominar todo el ser hu-

mano, sin especializarse en ninguna de las ramas, y organizar los resultados de una representación fiel y viva capaz de ser transmitida al lector. Exige dotes que están normalmente repartidas en el erudito, el sabio, el pensador y el artista".

Se forman sismas insalvables. Jamás un buen investigador será un gran historiador, ni viceversa. La historia que hemos escrito es la única que podíamos escribir y la única que necesitan los lectores. Pero la historia no es nunca definitiva y es imbécil oponer los textos consagrados como vallas a su eterna transformación y perfeccionamiento.

"Para Encina —dice Feliú Cruz— la historia no es una narración ni la demostración de una tesis; es una representación del trozo o del aspecto del pasado que se enfoca. Ese trozo o aspecto es hijo del que lo precedió y padre del que sigue, pues la historia se autoconstruye a sí misma, dentro de un determinismo reciamente condicionado por el poder creador del hombre".

Este es su concepto crítico de lo que él llamaba "historia genética".

La diferencia de esta historia genética con el esquema spengleriano es fácil de ver. "Para el alemán —argumenta Feliú Cruz siguiendo el pensamiento de Encina— el ritmo leibniano (Leibnitz) que asimila la evolución de las sociedades a la de la planta o del animal: infancia, adolescencia, edad adulta, vejez y muerte, constituye el eje del devenir histórico". Reconoce Encina la existencia de este ritmo, pero le niega su significación histórica. Este ritmo común leibniano, carece justamente de trascendencia histórica. Lo que vale es el germen ya crecido, hijo de los procesos anteriores. "Lo significativo en la historia —dice Encina— son el contenido racial, los factores sociológicos que condicionan su desarrollo y los sucesos eventuales que lo modifican... La historia es un telar vivo, en el cual la trama va elaborando los procesos que forman la urdimbre del devenir".

Cada pueblo *hace* su historia según sus creencias, su medio, su tiempo.

"El mito de la existencia de una oligarquía que gobernó a Chile dentro del espíritu de clase, comenta Feliú Cruz parafraseando al historiador, sólo germinó en el primer cuarto de siglo. El historiador que transporte esta creencia al desarrollo histórico del periodo de 1830-1891, lo falseará enteramente, como se falsea el periodo 1823-1830 suponiendo al pipiolismo la encarnación de las tendencias democráticas. Pero el historiador que, a pretexto de tratarse de una creencia destituida de realidad, suprima el odio a la oligarquía del periodo que se abre en 1920, convertirá este trozo de nuestra historia en un caos ininteligible".

Encina vs. Barros Arana

Es en este paralelo que enfoca Feliú Cruz en el largo capítulo titulado *Dos criterios históricos: Barros Arana y Encina* donde se acusa más el abismo de los contrastes, las herencias que el primero revierte sobre el segundo.

Hemos tratado de seguir muy sumariamente el pensamiento de Encina a través de este breve resumen y sólo ateniéndonos a sus aspectos y diferencias más significativas, que

toma el autor de este ensayo. Así Feliú Cruz ahonda mucho más en este respecto, y, como su mejor glosador, entra en detalle en la interpretación de su pensamiento.

El espíritu reformista y polemista de Encina, planta bravia de difícil cultivo, nace de sus desaveniencias eternas con todos sus maestros, aneja, como hemos visto, a su naturaleza contradictoria y genial. Aun cuando casi toda su *Historia* enfoca a cada instante, quieras que no, muy a pesar, a su maestro francés, Taine, en su intento de hacer resaltar la personalidad de los actores y las influencias que condicionan sus giros, siguiendo los procedimientos empleados por éste en *Los orígenes de la Francia contemporánea*, es fácil ver una honda diferencia entre él y el maestro, teñido de liberalismo burgués. Encina no tiene credo político fundamental. Sus convicciones y su temperamento le estrechan su visión en el montt-varismo, lo que es muy diferente. Encuadra su obra en el "fervor de la vida y en el impetu creador propio de los pueblos que van hacia arriba". Mientras Taine nacionaliza el recuerdo, Encina coge el pasado tal como es.

Comenzaremos con una aseveración fuertemente polémica y muy repetida en este texto que esgrime Feliú Cruz: Encina no existiría, sin la presencia de Barros Arana y su *Historia General* "el mayor esfuerzo desplegado hasta hoy por un escritor hispanoamericano, en el terreno histórico. Sesenta años consagró Barros Arana a la investigación de esa monumental historia".

A nosotros nos parece que la balumba de teorizaciones a lo Nordau, tan propia de Encina, esconde otra realidad como explicación del porqué de su obra, una razón más humana y comprensible.

Por naturaleza Encina detesta los hitos consagrados. Siempre busca destruirlos. A todos debe un poco y a los que más les debe no les paga con amor sino con la negación absoluta. Así ha procedido con todos sus maestros, fueran extranjeros o chilenos. En el liceo sólo tolera la presencia protectora de quien lleva su sangre: su tío Adolfo Armanet, el Rector. Desprecia a Chouteau. A medida que avanza en su lectura y se compenetra de su enseñanza, va destruyendo a todos sus ídolos de un día, los filósofos, los historiadores, los sociólogos, para quedarse encerrado en sus ideas. Odió a Letelier en cuyas páginas bebió las primeras nociones de la filosofía de la educación.

Encina nace a la madurez mental y crítica, muy joven, cuando Barros Arana comienza a publicar los primeros volúmenes de su historia y su esfigie se columbra grande sobre el horizonte de la patria. Debe de haberle hallado algo muy grande al maestro cuando está llano a recibir la semilla del odio que huronea en las cábalas y camarillas contra el gran defensor de liberalismo, testigo de gran parte de la historia independiente de Chile, que le ha tocado en suerte conocer en su casa a muchos de los forjadores del país, que le avanza en años, en experiencia y en el conocimiento, cuya gravitación es tan sensible, que no cabe frente a él sino el acatamiento.

Don Diego es santiaguino, heredero de una gran fortuna que viene grande desde el padre don Diego Antonio, al nacer la república. Es un joven brillante que viaja y recorre el mun-

do, que tiene una visión cabal de las cosas en los centros mismos en que se generan los grandes acontecimientos. Está informado de todo. Sus conocimientos son enciclopédicos y sabe tomarlos de las mejores fuentes.

Encina tiene una incierta iniciación y prefiere aislarse, alejarse de los centros del saber, de la Universidad. Es un provinciano que descende de emigrantes que se han formado duramente en el mundo de los negocios, en un horizonte muy limitado. No tiene estampa ni osadía para la vida pública; es un diputado que no le gusta alzar la voz en la Cámara y un economista de afición, profeta de catástrofes. Pero tiene un enorme talento literario y es un trabajador incansable. No quiere alternar con la inteligencia oficial. Detesta las academias. No quiere nada con la Universidad. Don Diego, a la inversa, es la Universidad y cree en el Estado y en la república con sus hombres. Encina es un descontento que ha sabido formarse una hermosa fortuna, con talento que hereda, junto con una base económica muy sólida.

Ya viejo, no sabe definir lo que quiere y como le apasionan los estudios históricos, resuelve su entrada en la escena nacional haciendo una obra grande. Entra en 1912 a la literatura con dos ensayos, *Nuestra inferioridad Económica* y *La educación económica y el liceo*, en los que comienza a desarrollarse su estilo de tendencia arremetedor. Es un montt-varista desahogado; su espíritu se ha quedado enredado en el decenio. Vive aislado hasta la publicación del primer tomo de su *Historia*. Admira sólo a unos elegidos por él, algunas grandes figuras como Pedro de Valdivia, Portales, Zenteno, Manuel Montt, Varas y algunos de segundo rango, Pedro Lagos y Vicente Merino Jarpa. Simpatiza con don Alberto Edwards, el último pelucón.

Como tiene una memoria realmente prodigiosa se ha formado un cabal conocimiento del encadenamiento de los sucesos de la historia nacional. Se suma lo anterior a un talento para la diatriba y un estilo colorido, un novedoso acopio de fuentes inéditas e inesperadas. Resulta terrible con esas armas. Muchos vienen a él a consultarle, muchos que tienen más caudal y nombre que él. Eso lo envanece.

Pero todos, cual más cual menos, son tributarios de la memoria y de la enseñanza del gran don Diego Barros Arana. Barros Arana fue un desterrado durante el decenio de Montt; Encina es un montt-varista obcecado. Estudia y bebe en las fuentes del maestro; pero bebe también en otros nuevos investigadores más modernos que le hacen cambiar conceptos sobre hechos y personajes. Entonces, de pronto, se resuelve, ya anciano, a acometer la tremenda apostasia de derribar al ídolo, al padre de la historia nacional.

Sigue con esto, una tendencia irrefrenable de su espíritu. La provincia, el trabajo aislado en el campo loncomillano, lo hace cada vez más conservador, más seguro de grandezas que se fundan en los mitos de la sangre y de la herencia, tan evidentes ya en su estudio sobre Portales. Y se lanza a la batalla. Lo acompaña un espíritu cáustico, un gran talento literario, un estilo de honda cauda y movimiento, un poder de trabajo sobrehumano. Y hasta un editor que no habrá otro por muchos años, capaz de comprender y afrontar la empresa sin importarle mucho el riesgo comercial. Desde entonces

todos los caminos de la fama se le abren. Halla la crítica adversa que no hace sino aumentar su notoriedad y el de su obra que se agota y que hay que reeditar en algunos de sus volúmenes. Y hasta encuentra un crítico literario panegirista fácil y agudo, por lo mismo tan terrible como él cuando se atraviesa en el camino de alguien, y a quien se le oye, sin aburrir, desde hace muchos años: Hernán Díaz Arrieta, Alone. Salen discípulos de su pensamiento conservador que se habían mantenido en la sombra. Porque su nombre hace empresa y los avala.

Viene tras él una nueva literatura histórica revisionista en que florecen una suerte de *cagouards* o *camelots du roi* de la nueva historiografía nacional que imitando y siguiendo sus pasos, entran a realzar valores no descubiertos en las épocas más adversas y controvertidas de nuestra historia.

La colonia pasa a ser una época idílica, en Encina, llena en el subsuelo de una simiente secreta que va formando la fisonomía del país y su riqueza para el futuro. Apenas si se nota el lejano poder de España y, a cada rato, se burlan prohibiciones y barreras aduaneras en una liberalidad que hasta el mismo poder acepta haciendo la vista gorda. “La inicua explotación de la colonia por la metrópolis —glosa Feliú Cruz tomando las ideas de Encina— no pasa de ser una fantasía elaborada por la *leyenda negra* sobre el régimen colonial español. En su lugar surge una expansión de España en América, a la cual transportó su propio contenido”. La colonia es “una caldera en que hierve a borbotones el impulso creador. Un nuevo pueblo emerge a la vida que se crea a sí mismo con pasmosa rapidez. Lo mismo sostendrán los historiadores europeos acerca de la Edad Media. Está de moda hablar así. Contrariamente a lo afirmado por la historia tradicional el fracaso de San Martín en el Perú, no fue consecuencia de la exigüidad de la expedición sino su estado físico y anímico en los momentos de embarcarse en Valparaíso” ... —asevera Encina. “La clásica lucha entre liberales o pipiolos y pelucones o conservadores, queda relegada a la categoría de mitos políticos”, porque la división escinde en bandos diferentes, muy confusos.

“Barros Arana en el *Decenio* sirvió propósitos políticos —glosa Feliú Cruz. Destacó a Bulnes como organizador de la República antes que a Manuel Montt. Bulnes recibió la herencia de Portales, Tocornal, Prieto, Egaña, perfeccionándola. Manuel Montt la habría hecho naufragar con su autoritarismo. Precisamente Montt es para Encina el gran estadista de Chile. Varas es el otro. Son dos símbolos. Las simpatías de estos dos hombres, mayormente por el primero, no dejan libre al criterio de Encina. No puede desprenderse de su tradicional y lejano montt-varismo que tan fuertemente golpeó en las afecciones de su familia y en él mismo”.

¿A qué seguir? Uno, Encina, con más acceso a la documentación tan fabulosamente aumentada después de Barros Arana, por la obra de Medina y de Matta Vial y sus seguidores, sin otros principios políticos que su inexplicable y sobreviviente sueño montt-varista, sin mucho amor por la república huérfana de grandes hombres que la conduzcan, en otras palabras, sin verdaderos constructores. Barros Arana en cambio, con una enorme fe política en los principios libe-

rales y republicanos que defiende, con robusta fe en los destinos del país independiente, en la nación chilena, en una palabra, creador de una obra primigenia e insuperable como trabajo histórico, no puede hallar en sus surcos un ensamble común que coordine la continuidad de la *Historia General* con la continuación del otro, después de 1833. A su manera la sigue Encina hasta 1891.

Y dirá cosas terribles de su maestro, cosas que Feliú Cruz, sintetiza así: “Intelectualmente, Barros Arana era un mediocre y un miope; su cultura, postiza; carecía de filosofía; sectarismos y odios políticos y religiosos lo hicieron parcial hasta el punto de preterir la documentación. De los progresos de la historiografía europea se encontraba completamente a ciegas. *La Historia General de Chile*, edificada con una aparente solidez, se halla construida con materiales deleznable. Buena enciclopedia de datos, no podía ella satisfacer el verdadero contenido de la historia”.

¡Qué fácil resulta hablar así —después, ante la obra hecha—, que él mismo va a parafrasear, sin querer reconocer méritos al predecesor y creador de la tarea histórica de Chile!

Resumiendo

Han pasado cerca de treinta años desde la aparición del primer volumen de la *Historia* de Encina desatando una fuerte polémica que ya parece enteramente olvidada. Con Encina, muerto en 1965, hace escasos tres años, se acaba la larga línea de los grandes historiadores de Chile. Don Domingo Amunátegui los precedió en 18 años, al morir en 1947.

Se han atemperado los ánimos con el correr del tiempo, en verdad, y parece llegado el momento de mirar, en la serena perspectiva de los decenios, de una manera objetiva, la inmensa obra de Encina, explicar sus muchos desvíos en la apreciación histórica de algunos sucesos y personajes, sus muchos aciertos y su indiscutible valor en el análisis, acopio de nuevos documentos y el enorme interés que su obra despierta gracias, en no poca parte, al brillo de su estilo, la novedad seductora e irreverente de sus enfoques más certeros y audaces.

Es este nuevo mirar sereno el que nos trae Guillermo Feliú Cruz, el infatigable historiador e historiógrafo. Es un bello libro sereno, serio, ameno, lleno de noticias y sorpresas, estructurado, ordenado, sin vacíos. Es una obra de consulta por sus excelentes índices, la completísima bibliografía sobre Encina que la corona, y el recuento de los estudios del propio autor sobre historiografía e historiadores chilenos, treinta piezas publicadas entre los años 1923-1966. Se lee de un suspiro este libro.

Feliú Cruz cumple con hacer justicia no sólo al que fue su maestro, don Diego Barros Arana, a su seguidor, don Francisco A. Encina, sino también al editor que se atrevió a acometer la gran empresa gráfica y dar realidad material a un gran hito de la historia nacional. Esta es, tal vez, su más resaltante novedad, junto con ser el más exacto estudio y colorido retrato del terrible viejo.